

*El senador no es honorable*

En vista del nutrido programa que presenta el Festival de Teatro Chileno, y como sólo dispongo de un espacio semana! reducido, era mi intención hablar en conjunto y de manera general sobre este tema. Sin embargo, no es posible dejar de dedicarle a la obra de Sergio Vodanovic, un comentario especial y destacado. Se lo merece, como se ha merecido los entusiastas aplausos del público y la ovación que se le hizo en la noche de estreno. No me cuento entre los que piensan que una primera obra deba forzosamente indicar este noviciado. Si a veces el genio, como se ha dicho, es una larga paciencia, más cierto me parece convenir en que el talento se revela de inmediato. Es el caso de Sergio Vodanovic. No habrían bastado su contacto estrecho con el teatro, su espíritu de trabajo, sin las dotes reales que su pieza revela y que son las que no se adquieren. Eso se tiene o no se tiene y una vida de larga paciencia no logrará darlo nunca si falta.

"El senador no es honorable", posee la primera, la gran cualidad, para un dramaturgo —también para el novelista—: la composición. Eso de tener una obra un primer acto magnífico o un muy buen tercer acto, me parece casi un defecto y no es para elogio. Una obra debe, en primer lugar, demostrar equilibrio general. Esta gran cualidad, por la que fallan, no sólo los novicios, distingue a "El senador no es honorable". Este mismo equilibrio, luego, domina también cada uno de los tres actos y asimismo los diálogos. El edificio no se derrumbará, y el edificio es armonioso: ésa es la impresión que recibimos gratamente. Hay ahora en Sergio Vodanovic, además, un formidable dialéctico. Pero desde la tribuna del escenario hace realmente teatro al llevar a las tablas un conflicto ideológico y sentimental de actualidad, conflicto que en el escenario de la vida pública, ha significado y significa, un verdadero drama: el de los hijos acusadores, contra sus padres; el de los idealismos, enfrentados a las realidades. Y en este aspecto, nuestro joven juez demuestra una vez más su don de la mesura. Es admirable el desarrollo del conflicto planteado, que llega, como en la vida, a su natural desenlace. Hay intensidad dramática y honda crítica social en esta pieza, sin énfasis, sin vituperios. La misma moderación del dramaturgo sostiene al moralista, dándole gran fuerza a la lección que será escuchada, así, por ambas partes: la de los padres, la de los hijos. Que no nos defraude el padre. Pero, ay de la juventud que censuró, si también va a defraudar a sus hijos.